



PREGÓN OFICIAL DE LA SEMANA SANTA de GRANADA 2006



Fotografía Portada:
Sebastian Gómez Cañete

Edita:



REAL FEDERACIÓN DE
HERMANDADES Y COFRADÍAS DE
LA CIUDAD DE GRANADA

Diseña, Maqueta e Imprime:

Clave
Granada

Acera del Casino 15
18009; 2ºD
Granada
958 22 66 22

PREGÓN OFICIAL DE LA SEMANA SANTA de GRANADA 2006

REAL FEDERACIÓN
DE HERMANDADES Y COFRADÍAS
DE SEMANA SANTA

JOSÉ LUIS CLEMENTS SÁNCHEZ
5 de MARZO DE 2006



A Esperanza.

*A todos aquellos que supieron hacer historia, y
se esforzaron por mantener viva la fe en la vida cofrade.*

A Granada

Vengo de Getsemaní donde he visto a Cristo orando, rogando y pidiendo al Padre que alejara de Él, el cáliz amargo de Su sacrificio humano.

Vengo de tomar de Jesús, Su Sangre y Su Cuerpo con los hermanos del Huerto.

Vengo a pregonar en el nombre del Padre que hizo el cielo y la tierra. Y en el del Hijo, Nuestro Sagrado Protector, que nació de Santa María de la Consolación, Nuestra Madre Dolorosa. Y en el del Espíritu Santo, que por su obra y gracia nació Jesús, para sufrir pasión y muerte, resucitando glorioso al tercer día de entre los muertos.

Vengo a pregonar por encargo de honorables regidores, mujeres y hombres buenos y señores de justicia presididos por el Presidente de la Real Federación de Hermandades y Cofradías de Semana Santa de la ciudad de Granada y de todos los hermanos mayores de las hermandades penitenciales, habiendo acordado ayudados por la fe, la esperanza y la caridad, que hoy, primer domingo de cuaresma, a la hora del Ángelus, se haga proclama pública en pregón oficial, enalteciendo los valores redentores de la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, ante todos ellos, ante el pueblo fiel y cofrade de Granada, y en presencia de nuestras primeras autoridades.

Invoco ayuda a María, Señora de las Angustias, Patrona, Reina y Madre Celestial de todos los granadinos, al Santo Juan de Dios y a San Cecilio, obispo y peregrino en esta tierra.

GRANADA EN EL ESPLENDOR DE LA VIDA



va a cruzar ante nuestros ojos enardecidos una nueva Semana Santa esplendorosa y magnífica.

No podrá ser mejor. Granada va a aportar su inmenso marco de ciudad monumental. Granada estará cuidada al detalle, logrando, cada año que pasa, una mejor y mayor perfección.

Granada, siempre Granada en mi corazón y en mi alma.

Quisiera arrancar tu nombre, Granada, del fruto del granado y del lamento, de las palabras del aire, del sentimiento y del verso, de la tierra que pisamos, de la luz de nuestros cielos, de la emoción de tus hijos y el azul del firmamento. Quisiera que tu nombre, Granada, marcado por la decisión de Dios en nuestra propia naturaleza, sonara esta mañana, como un canto de amor y de esperanza.

Te canto a tí, Granada, la más hermosa, bendecida por Dios y envidiada por los hombres, pero también a tí, la que soportas en tu cuerpo lastimado la injusticia de nuestra propia enfermedad.

Te canto a tí, Granada, de la emoción y el salmo, de las madrugadas misericordiosas y eternas, y el septiembre jubiloso, Granada de la multitud, pero también a tí, la del agosto solitario, la de la intransigencia y el olvido.

Te canto a tí, Granada de la plata, la cera y los bordados, Granada triunfal de la mañana del Corpus, que pasas con la frente alta delante mismo del altar de Dios, pero también a tí, Granada de la miseria, de la marginación, de la impotencia y la droga, de los accidentes de tráfico, Granada inmovilista y muda en la cárcel de los silencios de Dios y de los hombres.

Te canto a tí, Granada, señora de oriente, torre y campanario defendido por arqueros imperiales centenarios, morada de la luz, del arte y de la gracia, pero también a tí, Granada, la habitada de brumas y de silencios, allí donde no llegan las

saetas de la luz de tus campanas.

Te canto a tí, Granada, porque se acerca el tiempo en el que Dios mismo vendrá hasta tus entrañas, para hacerse carne de tu carne, sacramento en tu naturaleza viva, y lo verás llegar entre olivos y palmas montado en una borriquilla, para anunciarte.

Te canto a tí, Granada, la llena de gracia, que en la sombra de una estrecha callejuela, en los cipreses del convento más pequeño, en el rayo de luna de tus plazas, en el hilo de la voz de tus saetas, en el corazón de todas tus hermandades, gracias al amor de Dios y por la Pasión, Muerte y Resurrección de su Hijo, el pueblo de Granada volverá a ser excepcional testigo del Evangelio vivo que el cofrade granadino llevará una primavera más sobre sus hombros.

Nuestra Semana Santa será vivida con devoción, recreada sacrificadamente por los costaleros anónimos, aprendida catequéticamente en las aceras y vivenciada en el día a día de los cofrades. La Semana Santa de Granada será, sin lugar a dudas, el éxito clamoroso de un drama representado con amor, con ilusión y con fe.

Así, cada imagen parecerá portar un latido hondo de cristianismo, puesto al alcance de las miradas más exigentes. Se representa emocionadamente nuestro caminar por la vida, tan cargada de misterios y pesares.

Granada va a vivir su Semana Santa.

La que está hecha a su medida. La que brota de su forma de ser: intimista y cercana, espiritual y noble, triste y alegre, esforzada y vivencial, creciente por dentro y por fuera.

Vivir nuestra Semana Santa es acercarnos a Dios, dialogar con Él, recibirle en nuestras vidas, aceptar su salvación y gozar de su resurrección, para sentirnos también nosotros resucitados.

E inmediatamente, anunciar al mundo, la Buena Noticia de un Dios que nos ha salvado.

No cambiaremos el mundo si no es con la fuerza de Dios. Y sólo Él, en nosotros, realizará el milagro.

Somos hoy sus manos y sus pies, peregrinos entre nieblas y tinieblas, pero seguros en nuestra marcha hacia la casa del Padre. Los creyentes y los no creyentes, asistiremos estos días santos a las grandes celebraciones cristianas. Dios cruza a nuestro lado. ¡No lo dejemos pasar de largo! Ojalá entre en nuestro corazón e ilumine nuestras vidas.

Así lo han entendido, durante años y años, Granada y sus cofradías. La catequesis plástica, llamativa, aromática, artística, sublime, ofrecida entre esplendores y sacrificios, está a punto de ser nuevamente servida.

Excelentísimo y Reverendísimo Sr. Arzobispo de la Archidiócesis de Granada.

Excelentísimo Sr. Alcalde-Presidente del Excmo. Ayuntamiento de la ciudad de Granada.

Sr. Presidente de la Real Federación de Hermandades y Cofradías de Semana Santa de la ciudad de Granada.

Dignísimas autoridades.

Con la venia.

PAPEL PÚBLICO DE NUESTRAS COFRADÍAS

Para quienes tratan de conocer, año tras año, la realidad pujante de unas corporaciones que ya son casi centenarias en los compases de los nuevos siglos, y que parecen incorporar la vitalidad y el esplendor que nunca tuvieron, salen nuestras hermandades a las calles de Granada convertidas en cofradías.

Hay, que duda cabe, muchas otras expresiones celebradas de fervor popular en esta ciudad devota y mariana, pero como su Semana Santa, ninguna.

Y siempre, gracias a nuestras hermandades y cofradías que cumplen con el papel designado y libremente recogido de Dios y de su Iglesia.

Las hermandades y cofradías realizan una continua promoción y un continuo servicio a la Iglesia.

Aquí están representadas las hermandades y cofradías que viven en Granada.

Son de todos y para todos. Son de Granada.

Disfrutad de ellas.

Dejaos secuestrar los sentidos e invadirlos con su presencia, y en cualquier esquina o rincón de una calle o plaza de cualquiera de nuestros barrios, enhebrad una oración al aire siempre limpio y puro de nuestra bendita Granada.

Las cofradías salen al encuentro de todos los granadinos. Y salen en estación de penitencia pública para aquellos que visitan a Cristo con frecuencia en Su Divino Sagrario, para los que alguna vez se acercan hasta Su casa, para los agnósticos, para los que piensan que nuestra religiosidad popular es solamente manifestación cultural, y por último, salen a las calles, para aquellos que no creen en la labor evangelizadora de nuestras hermandades.

Pero tampoco podemos olvidar, que esta forma de concebir la religiosidad, aún siendo complementaria de la práctica oficial de la Iglesia Católica, es casi unánime en nuestra tierra, y que no se contrapone en absoluto con ninguno de los preceptos que Nuestro Señor Jesucristo transmitió al hombre.

Si Dios quiere que sus hijos lo adoren y éstos lo hacen ¡qué ha de importarle la forma! ¡Y quién, sino la propia mano de Dios, pudo guiar las gubias de José de Mora al tallar la impresionante imagen del Señor del Silencio, o la mano

de Jacobo Florentino al esculpir el Sagrado Crucifijo, y quién, sino guió la mano de José Risueño, autor de la Esperanza, al representar con tal magnificencia y dulzura a la Madre de Dios!

¿Cómo no ha de complacerse el Señor en que lo adoremos, lo perfumemos, lo vistamos, lo mezamos o le cantemos una saeta con la mayor de las ternuras?

Para ello y ...

LOS ARTISTAS DE LA TALLA.

A mayor gloria de Dios, nuestros imagineros, con la fe y el pulso delicadamente apasionado de sus sentimientos y sus gubias, tallaron amorosamente nuestras imágenes para llevarlas en pasos procesionales como seres de carne y alma.

Esas imágenes de madera, que recorren la ciudad, se nos antojan vivas; sus pisadas, las oímos; su respiración entrecortada, la escuchamos; y sus movimientos, pese a su estatismo, los percibimos.

Sus ropajes, quietos, se agitan ante el asombro y la brisa de la anochecida de esta bellísima Granada, ante la brisa asombrada de nuestros sentires sobreecogidos.

Así, tallaron Cristos cuya mirada vemos especialmente fija en cada uno de nosotros. Mirada en la que el dolor se hace perdón; mirada en la que el dolor se hace amor; mirada en la que el dolor se hace piedad. Mientras, nuestros Cristos, sin fatiga alguna, se preocupan por ayudarnos a soportar el peso de nuestros cansancios, y su comprensión abraza, sin resentimiento, nuestras incomprensiones. Nuestros imagineros tallaron Cristos gloriosos entrando en Jerusalén e instituyendo la Eucaristía.

Tallaron Cristos de mirada perdida en el horizonte orando en Getsemaní.

Cristos presos y maniatados, cautivos y rescatados, humildes y sentenciados.

Cristos atados a la columna, pacientemente, perdonándonos.

Cristos camino del Calvario, dulces Padres Nazarenos portando la cruz del castigo, y cayendo hasta tres veces al suelo.

Cristos preparados para la crucifixión despojados de sus túnicas y meditando sus últimos momentos de vida terrena.

Tallaron Cristos en los que la agonía es más agonía, y...

Cristos en los que la muerte es más muerte cada día.

Nos tallaron para la eternidad, Cristos con su divino cuerpo descendido y entregado a su Madre de Angustias para ser enterrado.

Y Cristos con los brazos abiertos para acogernos en su gloriosa y victoriosa resurrección.

Todos ellos, Cristos que caminan por las calles de esta ciudad durante ocho días, fueron tallados por artistas de la madera para recordarnos que después, hay otros cristos por las esquinas de las calles de esta misma ciudad, que necesitan de nuestra comprensión y de nuestra ayuda.

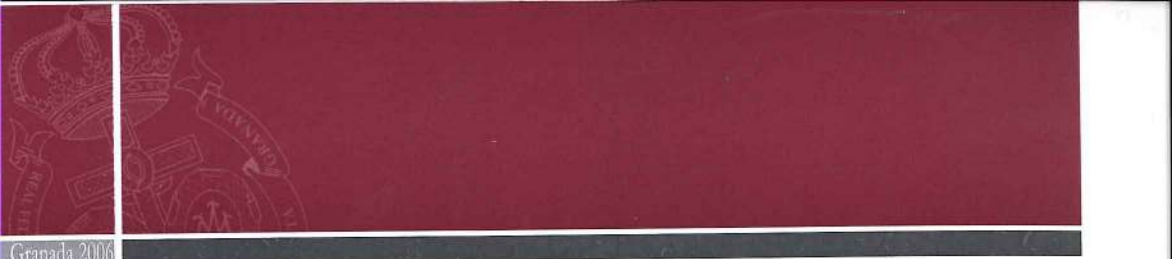
Son cristos con sus cuerpos escarnecidos y agotados, con sus anatomías crispadas por la agonía o la muerte diaria de la soledad y la miseria.

Son los cristos vivos de cada día.

LAS VÍSPERAS

Dada hay tan hermoso como las vísperas.

Lo previo, lo aguardado, lo que está por venir, lo que promete, lo inesperado, todo tiene ese encanto mágico de los nuevos y próximos días, cuando están muriendo, poco a poco, los últimos fríos de un invierno que precede a la primavera de la espera consentida.



Mientras llegan los días mayores del año, crecen las ilusiones, se diseña el tiempo por llegar, se dilatan infinitamente las urgencias.

Antes de Semana Santa, en estas jornadas de Cuaresma que la preceden, disponen camareras y vestidores de las vírgenes, enaguas y ropa purísima interior, mantos y sayas, blondas y encajes para engalanar primorosamente a la Madre de Dios; limpieza de candeleros, jarras y ciriales, colocación de cera y flor por parte de los priostes para esos cultos cuaresmales que con gran solemnidad se ofrecen a nuestras imágenes.

Retoca el carpintero, el ebanista, el dorador, el orfebre, un canasto que será base ornamentada del paso de Nuestro Salvador. Los nervios a flor de piel, pensando si llegará.

Repasan monjas y bordadores, las estrellas con hilos de oro y plata, y en el terciopelo del manto se desdibuja la huella de una lluvia traidora que dejó una cicatriz de primavera en el último día santo.

Recuentos de rasos y capas, ruanas y sargas; recuentos de hachones, varas y estandartes. Bulle el cofrade por su casa de hermandad, sale de algún rincón oculto la arqueta que no se encontró, incienso, pastillas, carbón. En algún otro sitio se encuentra la sentencia que ha de leer Pilato desde plaza Nueva, antes de que Jesús caiga por primera vez.

Al doblar la esquina encuentras costaleros en cirineante ensayo. Y al aire libre de las frescas noches de Granada, afinamientos nuevos suenan una y otra vez, interpretando aquella marcha airosa, que habrá de acompañar todo el dolor solemne de un paso en su caminar de penitencia.

Y en las casas, salen túnicas y antifaces de lunes y jueves santo del último rincón de la cómoda.

Ya está todo dispuesto, cada cosa en su sitio. Pronto será Semana Santa, lo anuncian los carteles y lo proclama el pregonero.

A pesar de todo, nada hay tan hermoso como las vísperas.

Y de todos los días de la santa cuaresma, de las vísperas, uno de ellos, es el que más nos llena y nos acerca a la Semana Mayor venidera.

El último viernes de Cuaresma, al que seguimos llamando Viernes de Dolores.

EL VIERNES DE DOLORES

Y cuando llegue el Viernes de Dolores, hará en el calendario cristiano, treinta y ocho días que entró la Cuaresma de la misma manera que siempre llega: humilde, callada, austera; y en la forma que tiene que hacerlo, en los cultos solemnes de nuestras hermandades, en la liturgia vivida y celebrada en los templos, en la Palabra Divina y en la oración sentida. **Es la Semana Santa en la Iglesia.**

En la noche del Viernes de Dolores, caemos en la cuenta de que hace ya algunos días, que uno advierte en sí mismo y en los demás, una manera distinta de actuar, una forma diferente de ver las cosas, un sentimiento distinto de bondad. Sentimientos que cada año, por esta época, nos impregnamos un poquito de Jesucristo, que consciente o inconscientemente, nos volvemos más humildes, más receptivos, más compresivos, más misericordes; mostramos más predisposición a dar y recibir el Amor que Cristo nos dio, el que Él quiere que demos. El mensaje de Jesús cala los sentimientos del pueblo cristiano y encuentra abono en su corazón. **Es la Semana Santa en el interior de cada uno.**

El Viernes de Dolores es la antesala para que el pueblo cristiano de Granada se prepare un año más para conmemorar el acontecimiento más grande que haya dado y puedan dar los siglos.

Faltan sólo dos días para que volvamos a vivir esos momentos con los que

sueña todo el año el cofrade, esas situaciones que todos queremos ver repetidas cada año, en la más pura de las tradiciones, esos momentos que cada año calificamos de irrepetibles pero que, en la más bonita de las incongruencias, se vuelven a dar al año siguiente.

Faltan sólo dos días para que se produzcan también esos momentos en que tendremos la oportunidad de observar y admirar los estrenos que cada cofradía ofrece a nuestra Semana Santa, esos estrenos que simbolizan el esfuerzo que hace cada una de ellas para engrandecerla.

Permitidme, una vez más, faltando sólo dos días, que haga alusión a uno de ellos. Ha sido un gran estreno para una de nuestras cofradías. Una nueva Virgen para nuestra ciudad, en una nueva pero renovada advocación mariana, Nuestra Señora de los Remedios, Reina y Madre de los estudiantes. El miércoles santo, los costaleros en sus corazones, la levantarán por primera vez, y a la voz de ¡vámonos con Ella al cielo! auparán su imaginario paso de palio y lo llevarán por todos los rincones de una carrera oficial, que aún siendo soñada, muy pronto harán realidad. Abrámosle ya nuestros corazones a la Madre de Dios veleña, a la Virgen de los Remedios. **Es la Semana Santa en la calle.**

Semana Santa en la Iglesia, Semana Santa en el interior de cada uno, Semana Santa en la calle. Tres dimensiones de nuestra celebración cristiana, tres dimensiones paralelas, inseparables en su concepción, y siempre en la imagen del buen cofrade.

LAS PALMAS DEL AMOR



e despierta Granada.

La noche del último sábado de Cuaresma es noche de fuertes emociones que muere con la llegada del alba, con el piar de los pájaros, con el rezo de maitines en el interior de un convento, con la primera Eucaristía en recuerdo de

la Pasión de Cristo. Mientras, los rayos del sol entran poco a poco, por las ventanas, iluminando vidrieras de iglesias convirtiéndolas en Catedrales.

Así nace la mañana del Domingo de Ramos de Granada.

Toda la mañana de este domingo especial y soñado, la dedicamos a verlos a Ellos, al Hijo y a la Madre. De iglesia en iglesia se cruzan los cofrades, desde San Pedro y San Pablo a San José de Calasanz, ¿has visto que preciosidad de techo de palio? ¡oye, fíjate en el tocado que luce María Santísima!, y de capilla en capilla ¡otra postula al cuello de la chaqueta!, del Santo Ángel Custodio a Músico Ayala Cantó ¡qué bien viste la Magdalena! El tiempo trata de ganar la carrera a nuestros propios pasos.

Domingo de Ramos, fiel a la tradición y a los ritos de los tiempos, dispuesto a habitar por unas horas en el universo íntimo de nuestros sentimientos. Domingo de Ramos, *“el que no estrena...”* ya lo dice el refrán.

Todo queda en la retina para poder comprobarlo al cielo abierto de la ciudad cuando las cofradías realicen estación de penitencia pública a la Santa Iglesia Catedral. Hemos esperado un año para disfrutar de la majestuosidad de la mañana de este día. Un año que ha estado marcado por satisfacciones y tristezas, por las tradiciones de nuestras fiestas, por la reedición de numerosos tópicos típicos, pero sobre todo marcado por lo que es Granada, una ciudad especial hecha por su gente, que es la verdadera creadora del duende del que se presume de Granada en el mundo entero.

Y en esta mañana de fuertes emociones y contrastes no podía faltar la función religiosa de las palmas. Cada cristiano de este universo multicolor que son las cofradías, buscará en la iglesia-sede de su hermandad, palmas y olivos bendecidos, para recibir con un ¡hosanna! a Jesús en una sencilla y sentida procesión claustral. Después, saboreará con el tacto de sus manos, la palma y el olivo, mientras escucha la Pasión de Nuestro Señor en la liturgia sagrada de este Domingo de Ramos.

Las palmas y olivos del amor que dieron la bienvenida a Cristo, serán

guardados como el mayor de los tesoros todo el año en especial relicario.

La mañana de la espera, terminó.

Comienza la Semana Santa en Granada.

ENTRA EN JERUSALÉN Y LE PRENDEN EN GETSEMANÍ

El reloj de la primavera tiene puestas sus manecillas de azahar en las cuatro y media de la tarde. Es la hora de los recuerdos pretéritos, las cuatro y media de la tarde, la hora escogida para golpear nuestra Semana Mayor. Nunca es temprano para despertar a la fe y a la gracia. Siempre es tarde para despertar si vamos a ser testigos de un sol, radiante y a la vez mudo, que en el lienzo celeste del Domingo de Ramos pondrá el primer grito: *¡Hosanna al hijo de David!*

Pero antes, cuando la sobremesa bosteza impaciente las primeras horas de primavera, una “patulea” de niños hebreos se deslizan nerviosos y rápidos por las calles que desembocan en el Santuario del Perpetuo Socorro. Y Granada pone para la ocasión el mejor de los regalos que tiene en sus manos. Las ramas de los olivos de nuestros campos, todo un símbolo de sus bienes y riquezas para agasajar al Creador de todas las cosas.

Gritos y alegrías entre la chiquillería que preceden al paso del Rey de Reyes en su entrada triunfal por las puertas de Elvira y de Granada. Triunfo y algarabía para Jesús que nos llega, en asno entronizado, cobijado en palmera de vertical melancolía. Ya está la primera en la calle. Niñas y mujeres corren en su busca.

Y siempre, la Madre detrás y a lo lejos.

Ella que le vio partir acompañado de Juan, Santiago y Andrés, no puede

disimular un optimismo triunfalista sobre el futuro de su Hijo.

Ella nos ofrece Paz para que el amor no se tiña de negro, para que el perdón no de paso a la sangre, para que nadie sea propiedad de nadie.

Ella nos brinda Paz para que las manos sólo escenifiquen caricias, para que de los labios sólo salgan suspiros que dibujen cabriolas en el aire, para que dos sean de verdad sólo uno.

Ella nos propone Paz para que sus hijos entiendan que la única lucha posible es la de la dialéctica, que el único combate permitido es el del amor, que la única pelea aceptada es la de las estaciones del año que imponen sus ritmos unas sobre otras.

Ella que llamamos Paz y es de belleza serena, cuida siempre de nosotros en la alegría y en la pena.

Cristo sabe que uno de los doce hombres que comparten la mesa con Él en la Iglesia de Santo Domingo, le va a traicionar esa misma noche. Es consciente de ello y lo acepta para que se cumpla la voluntad del Padre. El Señor de la Cena instituye la Eucaristía y deja su imborrable mensaje de amor y paz por las calles de Granada. Los discípulos por San Matías y Navas, reciben las palabras del maestro sin sospechar que será la última vez que comparten con Él, el pan y el vino.

Jesús tomó pan, lo bendijo, lo partió y dándoselo a los discípulos, dijo:

“Tomad y comed, esto es mi cuerpo”.

Y tomando un cáliz y dando gracias, se lo dio, diciendo:

“Bebed todos de él, porque ésta es mi sangre, la sangre de la alianza que será derramada por todos para remisión de los pecados”.

Rojo y blanco, blanco y rojo. Blanco del mantel de encaje de pureza de la generosidad desprendida del corazón cofrade de un devoto y rojo del clavel de sangre de penitencia.

Rojo y blanco, blanco y rojo. Antifaz, túnica, fajín y capa. Dos colores estrechamente unidos al Señor de la Cena. Rojo de la sangre que va a recorrer todo el cuerpo del Hijo de Dios, brotando de sus venas y blanco de puridad infinita, de limpieza de alma y de mente, de transparencia de espíritu.

Rojo y blanco, blanco y rojo, fundidos con el verde incipiente de una primavera nueva y el azul del cielo que cubre a Jesús cuando en su añejo y clásico paso, sale a la calle el Domingo de Ramos para presidir una Eucaristía eterna.

Y allá por Santo Domingo
la gracia en Victoria nos llega,
blanco trigo, blanco cielo,
blanco puro del sarmiento,
como el nardo blanco cuerpo,
blanco tu palio Señora,
como gaviota en vuelo.

Y en el mismo barrio realejeño, donde situamos el Cenáculo dominico, a no más de doscientos metros, Jesús entra en su Pasión en el particular Huerto de Getsemaní de las Comendadoras de Santiago.

Jesús fue con Juan, Santiago y Pedro, les mandó retirarse y avanzando unos pasos más, cayó de bruces y se puso en oración, diciendo:

“Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz, pero no sea lo que yo quiero sino lo que quieres tú”.

Volvió a los discípulos, y los encontró dormidos bajo el olivo que todos los lunes santos golpea con alegría el umbral de la puerta del convento, lanzando sus frutos y bendiciendo a la multitud de granadinos que se dan cita para presenciar la equilibrada salida en cuesta y la “revirá” que lo manda hacia el Realejo. El gracejo y el acerbo popular cofrade, no se puede estar quieto y llama a estos apóstoles “los dormilones del huerto”.

De extraordinaria belleza el ángel que acompaña a Jesús e impresionante el misterio de la Oración de Nuestro Señor en Getsemaní, que cada día se va pareciendo más a un auténtico huerto poblado de retamas, manzanillas, tomillos, jaras y romeros en perfecta armonía con amapolas y lirios silvestres.

Abro la maleta del recuerdo, y me veo entre los músicos que acompañan el palio de María Santísima de la Amargura por la calle Santiago. Como puedo, y entre la enorme bulla que rodea el paso de María Santísima, trato de llegar hasta Ella.

Por fin, y con gran dificultad, me situó en la delantera del palio. Su preciosa mirada me saluda, su belleza es la culminación del día; yo le rezo como puedo, y después, busco por donde estará este año, el cangrejo que luce la Reina comendadora. ¡Ya lo he visto!, el vestidor este año, lo ha situado en la misma toca del manto. ¡Qué arte, Dios mío, qué arte más grande para vestir a la Madre que nos atiende en nuestras peticiones! Otros años, el cangrejo se mueve, va y viene, a lo largo y ancho del azul inmaculado de su manto.

Además, la Virgen luce en su pecherín de encajes y blondas diversas y riquísimas joyas, numerosas veneras-reliquias de sus monjas. Pero ninguna como aquel clavel de oro, que la anciana devota regaló a la Señora, fruto de agradecimiento y cariño, cuando le pidió una señal del favor que esperaba alcanzar de Ella. María Santísima de la Amargura, le envió su señal, concediéndole lo que le había pedido, arrojándole desde el palio un clavel del fanal de sus jarras.

Aún estaba hablando, cuando llegó Judas, uno de los doce, y con él un gran tropel de gente con espadas y palos, enviados por los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo.

El traidor les había dado esta señal: "Al que yo bese, ése es; prendedle"

Se acercó a Jesús y le saludo: "Hola maestro" y lo besó.

Jesús le dijo: "¿Yehudah, con un beso entregas al hijo del hombre?"

Se han perdido por las calles de Granada los ¡hosannas! de tu triunfal entrada. Ya estás Cautivo a solas, Tú y tu silencio. Te han dejado solo, maniatado

y humillado en el negro atardecer de tu domingo. ¿Dónde están los clamores y alabanzas? ¿Dónde esas promesas de amor? Todo cae en el olvido.

La mansedumbre cristiana de su cofradía, se refleja en la blanca túnica de Jesús, que balancea en una especie de “vaivén” sobre sus desnudos pies. Alumbrado por cuatro faroles, los lirios van marcando entre moradas sendas las benignas pisadas que terminarán en un insólito calvario granadino.

Entre tanto, tu Madre, frente al convento, en el que todo el año profesa, vuelve la mirada hacia sus compañeras clarisas y el corazón se hace gozo en su hermosura.

Azucena y lirio encarnan tu figura.

Virgen de la Encarnación, enamorada de la entrega, del silencio y la medida ¿de dónde nace, Señora, tanta ternura, si la Rosa de tu vientre, está cortada? Callada vives en el claustro monacal el mensaje prometido, aunque la pena de tu rostro embellece aún más tu imagen pura.

“¡He aquí la esclava del Señor!” implora tu latido, y de amor el alma se me llena. De tus ojos brotan pétalos heridos en lágrimas de amor y de dulzura, que repartes por Granada, cumpliendo lo que nos tienes ofrecido.

Virgen de la Encarnación, Madre del Salvador y Madre por siempre bendita.

AZOTAN A UN INOCENTE

Pilato, el representante romano, no encuentra en Jesús culpabilidad alguna, pero ante la turba enfurecida, decide mandarle castigo de azotes.

Jesús de la Paciencia es mostrado en la balaustrada del pretorio de la placeta del Ábside de San Matías para que sea contemplado por la multitud de granadinos que esperan su discurrir paciente.

La brisa por las calles invita a meditar. Parece como si el sol se hubiese querido atar, con su última luz, para iluminar su cuerpo maltratado y magullado, al atardecer de su salida. En un tendedero de nubes, se asoma mi hermano Paco, nuestro amigo Gómez Montalvo, esperando impaciente junto a la luna, que se tiña de tonos morados toda la calle San Matías.

Que nadie se distraiga viendo pasar nazarenos, que todos estén pendientes de ver los moratones de su espalda y de su cuerpo. No dejéis de mirar los azotes de un Rey que quiso hacerse pobre, los azotes de un Cristo de la Paciencia que más que Dios, el Miércoles Santo, quiso ser hombre.

Pero hay un momento en el discurrir de esta Imperial Cofradía, que pasa desapercibido, y yo quiero resaltar en esta mañana.

Es, ni más ni menos, que el paso de la cofradía por la calle Varela al filo de la medianoche. Acudid en silencio, dispuestos a escuchar con los oídos del alma.

Primero, escuchad el rachear acompasado de las albarcas de los costaleros que nos anuncian que el paso de palio de la Virgen de las Penas se acerca. Después, unos cuantos metros delante, ved como se aleja el Dios de la Paciencia. Y de repente, cuando sólo rompe el silencio el tintineo de las bambalinas del palio, comienza a sonar una sinfonía cofrade que pone el vello de punta: "la madrugada".

¡Ya han abierto las puertas de la gloria! Adelante, pasemos y contemplemos a la Madre de las Penas mecido su dolor y su tristeza, en su espléndido paso de palio. Realmente y sin dudarlo, otro mundo de sagrada belleza ante nosotros.

Así que, si queréis asistir a ese prodigio cofrade, ya sabéis la condición: silencio y recogimiento. Lo demás, sólo son los pies de los costaleros, las bambalinas del palio, la música y vuestro corazón cofrade.

Después, cuando nos veamos por las calles de Granada, no vayáis a decirme que exagero: si hay algo más hermoso que esa noche de miércoles santo, yo no lo conozco. Ni lo he visto, ni quiero verlo, porque me quitaría de saber durante un cuarto de hora lo que es vivir en el cielo!

Cristo sigue azotado por las calles de Granada, y perdonando. El Albayzín pone el embrujo de sus calles, y su paisaje como marco incomparable al momento de la cruenta pasión, que representa a Nuestro Padre Jesús del Perdón en sus azotes, rodeado de sicarios, verdugos y romanos.

De esta manera, le llevamos enseñando el evangelio. Burlado y humillado, ensangrentado, retorcido de dolor y amarrado a la columna como un vulgar indeseable; pero eso sí, y porque Él lo merece todo, en un rico paso de misterio en extraordinario proceso de ejecución y que cada año veremos avanzar un poco más hasta su total terminación.

Mientras tanto, la Madre Santísima de la Aurora, que permanecía en el Cenáculo de San Miguel Bajo, corre tras su hijo Jesús del Perdón, porque le han dicho que por la cuesta de San Gregorio, aún le siguen azotando.

Anochece Jueves Santo
cuando bajas a Granada,
y entre capirotos blancos
te buscan revoloteando,
cientos de piadosas miradas.

La luna también te mira
entre aromas de jazmines,
mientras que Tú te recreas
¡Aurora!
por carmenes y jardines.

Ya se oye al capataz
animando a tus costaleros
que sueñan con poder llevarte,
con su cadencioso ritmo,
por los jardines del cielo.

Con su dulce balanceo
resuenan tus bambalinas,
bajo una luna encendida,
que derrite lentamente
las velas que te iluminan.

Soñamos todos con verte,
Señora de manto blanco,
bajando sola a Granada
con toca y corona de oro,
sin que sea Jueves Santo.

Y por Grifos de San José,
zaguán de tu vieja casa,
Granada te llamará
con un rosario de plegarias:
¡Dios te salve, Reina y Madre!
Reina y Madre ¡Aurora coronada!

Nuevamente saca Pilato a Jesús del Rescate a la puerta del pretorio del barrio de la Magdalena, diciéndoles: *"Ahí tenéis a vuestro Rey"*.

Y el Rey, se hizo hombre para presentarse ante nosotros en la más absoluta de las soledades.

Cuando el Lunes Santo, el Rescate, aparece por el atrio de su iglesia, nunca me ha parecido Cristo más Dios que en ese momento vergonzoso, en que

es presentado a los hombres como un espantajo, humillado y vencido.

La belleza de un Dios que bajó del cielo a la tierra para hacerse hombre y morir por nosotros, toma cuerpo y vida en la imagen siempre bendita y devota de Nuestro Padre del Rescate.

Él se hizo hombre por nosotros, y nosotros creemos que podemos prescindir de Él, echándolo de nuestro corazón y matándolo para siempre.

Nunca me ha parecido Cristo más Dios. Y Dios, hecho Jesús del Rescate, se quedó con nosotros, viviendo para siempre en Granada.

Pero ellos gritaban: ¡Crucifícale, crucifícale!

Y viendo Pilato que nada conseguía, sino que el tumulto crecía cada vez más, tomó agua recién sacada del río Dauro y se lavó las manos.

Ya está el misterio de la Sentencia en la placeta de entrada al templo, bajo la atenta mirada de Pablo y de aquel discípulo arrepentido que hasta tres veces lo negó.

La portentosa imagen de Jesús de la Sentencia, se nos presenta en primer término, dominando con su sencillez, todo el conjunto del momento de la pasión que se representa.

La gran cantidad de personajes que conformaban este misterio en el antiguo paso de “raqúticos candelabros de guardabrisas”, hizo que los cofrades, en el tan popular y acertado acerbo cofrade, le llamaran “el carro de la carne”. Hoy, las mismas figuras se distribuyen magistralmente a lo largo y ancho del espléndido paso que la hermandad ha realizado para Jesús de la Sentencia.

Por cierto, momentos para guardar en el recuerdo cofrade de cada año y también para sorprender a amigos y familiares foráneos: el discurrir de la cofradía por la Carrera del Darro cuando se está despidiendo ese sol tan característico del Domingo

de Ramos. Pero sobre todo, vista desde cualquiera de los puentes, con una panorámica única de toda la cofradía y los pasos enmarcados en los centenarios edificios que pueblan esta carrera granadina.

Hay quien prefiere presenciar el discurrir de la cofradía en su regreso a San Pedro. La estética cofrade se hace patente en la solemnidad nocturna del palio de María Santísima de las Maravillas.

Al verla, uno se pregunta ¿cómo se ha podido conseguir tanta belleza? Benditas manos que diseñaron y realizaron el palacio donde la Madre de las Maravillas nos recibe.

¡La plata de los varales la abrazan más que mecerla!
 ¡Los cirios, transfigurándose, se convierten en estrellas!
 ¡Su mirada, la más honda! ¡Sus lágrimas, las más heridas!
 ¡Desprende de sus mejillas el blancor de la tristeza!
 ¡Y de sus labios pureza, Virgen de las Maravillas!

Entonces los soldados del procurador, tomando a Jesús, lo condujeron nuevamente al pretorio y le echaron encima una clámide de púrpura, y tejiendo una corona de espinas, se la pusieron sobre la cabeza, y en la mano una caña; y doblando ante Él la rodilla, se burlaban diciendo: ¡Salve, rey de los judíos!

Jesús en su infinitad Humildad, está rodeado de antiguos y nuevos personajes. A “pizarro” y al “bizco”, se le han unido magníficas tallas, que conforman uno de los momentos de la pasión granadina, que más destaca por su singular expresión de belleza cofrade, convirtiendo el paso de misterio del “Señor de la Cañilla”, en la catedral andante del arte sacro.

El impresionante momento que representa el paso de misterio del Señor de la Humildad, nos sobrecoge cuando de “recogía” y envuelto en oleadas de oloroso incienso, avanza majestuoso por la calle Ancha y nos llega a Santo Domingo.

La humildad del Rey de Reyes se hace patente en el Realejo, pero ¿dónde está

esa humildad que decimos que por Él atesoramos y que a los demás ofrecemos?

Señor, tú nos brindas con tu ejemplo:

Humildad en la familia y amor fraternal entre hermanos.

Humildad para quienes siempre creen tener la verdad en sus manos.

Humildad para perdonar setenta veces siete, para ser auténticos penitentes.

Humildad para ayudar al pobre y al indigente.

Humildad en las hermandades que se llaman de penitencia.

Humildad para quienes sólo quieren cargos de apariencia.

Humildad para los sordos cofrades presos de su orgullo.

Humildad para amar y respetar a tantos cristos vivientes manchados por la enfermedad de la vida.

Humildad para poner nuestra otra mejilla, para no criticar creyéndonos perfectos, para no presumir de ser los mejores misioneros de tu evangelio.

Humildad, “Señor de la Caña”, para quienes sean capaces de tomar tu nombre en vano, y convertirse en protagonistas de tu dolor y de tu pasión.

Si no aceptamos Señor, la humildad que nos ofreces ¿para qué queremos seguir viviendo?

UN HORIZONTE DURO CON LA CRUZ A CUESTAS



omaron, pues, a Jesús, y Él, cargando con su cruz, salió hacia el lugar llamado Calvario, que en hebreo se llama Gólgota.

¡Ha comenzado el principio del fin!

Granada pone su particular calle de la amargura al tránsito de Jesús con la cruz de la agonía sobre sus espaldas. Las calles del alto y bajo Albayzin son el más bello continente para tan doloroso contenido. Sus puntiagudas piedras dejan su huella cruenta en sus divinas plantas, y el caminar se hace más lento, pesado y sacrificado.

Ante el lugar del juicio celebrado en el patio conventual concepcionista, quedan algunos granadinos, amigos de Jesús, desolados, hundiéndose en la oscuridad de la desesperación y viendo como se llevan al Maestro; otros, sus cofrades, siguen a Jesús del Amor y la Entrega calle abajo, por Concepción de Zafra, entre la gente descendiendo por la estrecha vía dolorosa que le conduce al monte Gólgota.

iNazareno del Amor, Nazareno de la Entrega,
dame siquiera un momento esa cruz de tu tormento,
para que consuele yo en algo tu sufrimiento!

Por el alto silencio de la noche granadina, la Madre de Dios de la Purísima Concepción, en su angustioso trance, pasará, entre un grupo de mujeres piadosas vestidas de riguroso negro que la preceden, la muda y arrebatada elocuencia de su grito. Su grito, en inmaculado gesto de dulce dolor patente en su bellissimo rostro, inspiró, tal vez, a Quevedo aquel verso terrible:

“Preñada voy tan sólo de mi muerte...”

En la capilla callada de las Carmelitas, se escucha el rachear de zapatillas gastadas y el murmullo de la trabajadera que ha vuelto a romper en lágrimas. Señor Nazareno, otra vez has perdonado al que, en Ti, nunca creyó, al que en tu hombro puso la cruz de la codicia, al que en tu camino sembró espinas de traición, al que cambió tu amor por la envidia, al que a tu lado nunca se acercó.

Tres golpes de martillo irrumpen sobre la columna de incienso y sin hacerse esperar se escucha tu Padre Nuestro.

Padre Nuestro Nazareno
que sales de las Descalzas,
santificadas sean tus gracias
sobre la luz de la calma,
venga a nosotros tu reino
en la bendita Granada,

y que tu voluntad se haga
en esta tierra como en el cielo.
Danos el pan de cada día,
perdona nuestros errores
y cobija nuestros actos
cargados de sinrazones,
no nos dejes caer en la tentación
de ofender a los que ofenden,
y concédenos la gloria
bajo el poder de tu nombre,
pero siempre,
líbranos Señor del mal.

Detrás viene un palio andando, al compás de amorosas mecidas que nos encomiendan presenciar el magistral delirio de pulcritud que conlleva el espléndido palio de la Reina de la Merced.

¡Con qué mimo te están meciendo
Madre de la Merced tus costaleros,
es como si quisiesen mitigar
el dolor que llevas dentro
y enjugar tus lágrimas
con sus fajas y su esfuerzo!

San Juan de los Reyes por un momento se convierte en barrio de otros tiempos. Se engalanan balcones con lo mejor que cada familia tiene para recibir a la cofradía, y entre oleadas de incienso y ese color dulce morado que aporta la tarde del Martes Santo a Granada, Cristo con la cruz a cuestas detiene la vida en el recuerdo.

La imagen de Jesús de la Amargura es la imagen más cercana a la débil naturaleza humana. La imagen de Jesús de la Amargura, colosal obra de José de Mora, nos conmueve por su divinidad en un rostro encendido y padeciente.

El peso del madero su cuerpo dobla y casi le derriba; el peso del madero le detiene. ¡Ayudad al preso!, grita alguien y buscan a Simón de Cirene, que no llega, porque el miedo le entretiene.

En la esquina del Chapiz, está la Madre, dolorida, suplicante. Le ve marchar, sangrando y desvalido. Su corazón estalla en un gemido y su alma, de amor, llora vencida.

Consuélate Señora, Madre del Rey de Reyes, aquí nos tienes; nuestras culpas, si acaso reconocemos, hoy lloramos con tristeza. Te entregamos lo que es nuestra pobreza y la promesa de ser tus hijos fieles.

El regreso de Jesús de la Amargura y de su bendita Madre de los Reyes, aportan a la Semana Santa de Granada, la impronta de ser la hermandad decana con el piadoso acto de oración pública del vía-crucis, desde que comienza su entrada en la Carrera del Darro.

El caminar de Jesús con la cruz al hombro continúa, y poco a poco, nos vamos impregnando de ese primer aroma a incienso de Jueves Santo, y a primavera recién estrenada que llenan el aire de la plaza de San Cristóbal.

De los recuerdos cofrades que están presentes en este pregón que hoy os entrego, no puedo olvidar, ni quiero, dejar de ver a Jesús de la Pasión caminando con el peso del madero hacia San Miguel Alto en su vía-crucis penitencial.

Es una estampa bellísima en una panorámica espectacular. Jesús de la Pasión y María Santísima de la Estrella caminan pausadamente esos últimos metros para llegar a un calvario silente que domina Granada y su vega, y a la vuelta, se tornará alegría a los sonos de trompetas y tambores.

¡Cuántos vía-crucis hemos vivido y cuántos recuerdos guardados!

¡Cuántos amigos y cofrades se han hecho en esta subida cuaresmal al Ce-



rrro del Aceituno!

¡Y cuántos detalles y proyectos para la hermandad se han hecho realidad!

¡Qué bien le queda el color de la túnica a Jesús de la Pasión! ¿Verdad, hermano mayor?

Pero el prodigio de equilibrio y destreza, hay que situarlo en esta cofradía, cuando el paso de palio de la Virgen de la Estrella sube sin descanso la Alhacaba. Qué maestría la de los costaleros en esta empinada cuesta, para subir el palio, sin que un cirio ni una flor se queden en las aceras. No me cabe la menor duda, que María de la Estrella, ayuda a sus costaleros y refuerza las trabajaderas, con los ángeles de la guarda de cada uno de ellos.

Estrella, niña de Nazaret,
que manos tuvo Dubé
cuando tu rostro esculpió,
que para tan sublime parecer,
seguro Dios lo inspiró.

Y el Gran Poder de Dios se hizo hombre y habitó entre nosotros.

Otra vez el Nazareno andando por las calles de Granada. Nuestro Padre Jesús del Gran Poder. Enorme zancada la de un Dios, que por amor, se abraza a su cruz y camina lentamente hacia el Gólgota de la muerte. Su rostro ya no puede disimular más, el dolor, el cansancio y el temor como humano, de lo que le espera al final del camino.

Diez años que ya tienes, Gran Poder en Granada, viéndote cargar la cruz que habrá de doblar tu espalda, caminando hacia un Calvario allá por la mudéjar Santa Ana. De regreso hacia tu templo, por senda de iluminarias, vas derramando tu amor entre aquellos que te aguardan para rezarte de nuevo mientras vuelves a tu casa, porque aguardaron un año, y la espera se hace larga, por poder

verte de nuevo reviviendo tu Esperanza.

¡Esperanza! ¡Qué bien suena tu nombre! Sabe a pureza, a dulzura y alegría. Un nombre que, desde el cielo, ángeles y querubines llamaban a la Madre de Dios soberana. Un nombre, ¡Esperanza! que suena a gloria. ¡Qué bonito es tu nombre, Madre mía de la Esperanza!

Madre de Dios bajo palio, luz de Granada sagrada, refugio de pecadores y de esta ciudad, Esperanza.

Madre de Dios bajo palio, estrella que alumbra todo, Señora de todo un barrio, consuelo de nuestras almas, de San Gil mi única reina y de esta ciudad soberana.

Madre de Dios bajo palio, dolorosa de verde manto, que sonríes trocando en sol las tinieblas de tu llanto, que nos robas las miradas, que nos arrancas piropos y nos quiebras las gargantas, que detienes hasta el tiempo para hacer tarde la noche y la noche, incipiente madrugada.

Madre de Dios bajo palio, jardín de nuestras plegarias, que haces el grito sollozo, que rompe nuestras gargantas, porque eres en tu dolor fuente de Nuestra Esperanza. Y es por eso que Granada, al llegar el Martes Santo necesita reencontrarte por sus calles y sus plazas, porque todos quieren verte, quieren sentir tu mirada, quieren sentir tu consuelo cuando lloras, mientras pasas.

Madre de Dios bajo palio, luz de Granada sagrada, refugio de mis pecados y de mi vida, ¡Esperanza!

LAS CAÍDAS QUE MÁS DUELEN



Con la carga del madero el camino se hace largo, escabroso, lento; y la cruz... bajo su peso, cae Jesús, por primera vez al suelo.

Nuestro Padre Jesús del Trabajo, cae por primera vez sobre una alfombra de claveles rojos. El peso ardoroso del madero le vence sobre el costado derecho, apoya su mano sobre un leño de madera y gira su cabeza hacia la izquierda, dirigiendo su mirada compasiva, ensimismada, perdida en el horizonte de nuestras miradas, y cruzándose con la mirada llorosa de su bendita Madre de la Luz que dispuesta quiere socorrerle, y que el mismo barrio la detiene.

En su caída están todos los que sufren, están los hambrientos, los desnudos, los presos, los esclavos de nuestro tiempo...

Calle Polinario quisiera acortarse para abreviar el momento de su caída, pero no puede, parece alargarse.

Suena la marcha y es como una saeta solemne de percusión y de viento que hiere el aire zaidinero, y cubre la incipiente tarde del lunes santo de silenciosos lamentos.

El paso avanza despacio... para desembocar en la avenida de Dilar... siempre seguido por su Madre María.

Cuando vas en tu paso de palio
que es la gloria sobre andas,
escrito está en la mirada
de cientos de zaidineros,
eres el hechizo del barrio,
eres el pan fresco del pueblo,
ternura que siempre aguarda,
auxilio que nos acompaña,
y primavera en tiempo seco
cuando vas Reina y Señora
Madre de la Luz eterna,
vistiendo tus mejores galas.

Cuando le llevaban al Calvario, echaron mano de un cierto Simón de Cirene, que venía del campo, y le cargaron con la cruz, para que la llevase en pos de Jesús.

El regreso de Jesús de las Tres Caídas por las calles de un barrio, que lo vio partir con las últimas luces de un sol que anaranjea, descubriendo inéditos matices por la fachada centenaria de la Iglesia de Santo Domingo, es multitudinario!

La cofradía enfila calle Pavaneras para buscar la parroquia escolástica, dejando a su paso casas nobles que invitan al recuerdo, siempre presente, de añejos linajes que nunca se perderán en la historia viva de esta ciudad.

Las calles se van estrechando y el gentío que espera, las llena de tal forma, que ya es imposible transitar por ellas.

El caudal humano desemboca en la plaza de Santo Domingo y las aguas marineras se remansan en la amplitud de las calles anchas.

La alegría de la llegada evita el cansancio. Se oye la música de la banda de las Tres Caídas que coronan de sensaciones la calle Carnicería. ¡Qué bien suenan las marchas procesionales de mi banda en esta calle! Sublime el tránsito por ella de la cofradía.

Los tramos van entrando en la iglesia y la plaza recibe con algarabía el paso de Jesús en Su tercera caída, ayudado por el Cirineo que este año estrenará el paso de misterio.

Tras el himno, como si Jesús de las Tres Caídas, no se quisiera ir, nos abandona con un “querer y no querer” de mecidas acompasadas que dulcifican la triste llegada de su hora final.

Después, casi sin darnos cuenta, llega la Reina, la Madre dolorosa del Rosario. Radiante, bellísima, exultante en su paso de palio, rodeada de una ingente masa de cofrades y devotos que se resisten a dejarla abandonar la plaza que vigila inmutablemente Fray Luis de Granada.

Se reza, se aplaude y se canta la Salve.

¡Dios te salve María,
Señora del Santo Rosario!
Bendita entre las mujeres
y bendita sea Granada
que por madre a Tí te tiene.
¡Dios te salve María!
Salve en el jardín de mis plegarias,
bambalina de secuelas costaleras
en el palio de mi alma.
¡Dios te salve Señora!
faro que guía al mundo
perdido entre las tristezas
¡Dios te salve Rosario!
de la tierra, la flor más bella
y de los lares celestiales,
eres lucero y estrella.
Cuando las estrellas bajan
para iluminar la noche
y los luceros escalan
las más altas espadañas,
sube desde el Realejo
“derechita” hacia el cielo,
en la voz de mil gargantas,
una salve conmovida...
¡es el pueblo que te canta
la profesión de su fe!
y con la salve desgrana,
su profunda confianza
en la Madre que cobija
y es causa de nuestra alegría.
¡Dios te salve Reina y Madre!
¡Dios te salve llena de gracia!

¡Virgen pura del Santo Rosario!
 ¡Tesoro que nos da consuelo!
 ¡Ampáranos bajo tu manto
 y llévanos contigo al cielo!

EL GÓLGOTA

Le llevaron al lugar del Gólgota, que quiere decir lugar de la calavera. Le crucificaron y se repartieron sus vestidos, echando suertes sobre ellos para saber que llevaría cada uno. Era la hora de tercia cuando le crucificaron.

El domingo que inaugura nuestra Semana Santa acoge en su nómina a la hermandad que tiene por titular a Jesús Despojado de Sus Vestiduras. Hermandad de gente joven, que ha sabido, con el discurrir de los años, imprimir carácter serio y de buen hacer en las actividades que realizan a lo largo del año.

Buena prueba de ello, es su sentida estación de penitencia precedida por el repique de la campana del muñidor que hace estallar en mil añicos las opacas vidrieras de la muerte, y en la que sus cofrades, con una seriedad que ya les caracteriza, por algo se les ha denominado como “el silencio blanco”, llevan hasta el primer templo de la ciudad, un extraordinario paso de misterio, desde un barrio que, con su esfuerzo, han conseguido que sea cofrade.

La catequesis plástica que representa el misterio de Jesús Despojado, con la gran armonía y belleza de sus figuras e imágenes, nos mantiene expectantes y con deseos anhelantes por ver a la Madre del Dulce Nombre en su paso de palio, paseando su belleza decimonónica por las calles de Granada.

Mientras preparan la cruz del castigo en el Gólgota de la plaza de la Universidad, Jesús medita sobre su vida y su muerte.

Así vas, Señor de la Meditación, con el manto púrpura de los Reyes, como una burla cruel, tirado sobre tu paso.

Así vas, Señor de la Meditación, agotado por el sufrimiento, abatidos los hombros, y sentado en el más pobre de los tronos de este mundo, ¡una peña ennegrecida!

Es el deseo de toda la comunidad cofrade de nuestra ciudad que se restablezca con toda normalidad la vida de esta hermandad y que tengamos en nuestra ciudad y en nuestras calles la tarde-noche del Miércoles Santo la cofradía universitaria que Granada se merece.

Y cuando al atardecer del Viernes Santo sobre el río Genil, cruza el puente romano, ¡que nos es romano siquiera!, una Cruz con un hombre clavado a ella, sobre un paso sobrio, sin brillos, tallas, ni dorados, a medio hacer, pero con el tesoro más grande que la humanidad ha soñado, Cristo vivo, el enviado de Dios en sus tres horas de agonía, Granada se hace más Gólgota.

María Santísima del Mayor Dolor, la Reina de Roma, tocado su bello rostro del más rico encaje que se trajo de Bruselas, la emperatriz de la ciudad eterna, la rosa, el clavel, la azucena escolapia, la que viaja sobre un palio que es la “mismísima” gloria, corre al encuentro de su Hijo, porque sabe que va a morir solo.

¡Sin nada vino al mundo y sin nada se nos va!

En la Carrera de la Virgen, frente a la Madre de todos los granadinos, Jesús de la Expiración, “muriéndose a chorros”, alza aún más la cabeza y mirando al cielo buscando al Padre, grita esa frase que nadie entendió:

“Eli, Eli, ¿lama azabtani?”

TRES DE LA TARDE



Jesús, dando una voz fuerte, expiró. Y el velo del templo se partió en dos partes de arriba abajo.

Todo el dolor del mundo pende de una cruz en Jesús de Nazaret.

Campo del Príncipe. Tres de la tarde. Campanas de San Cecilio nos llaman doblando a muerto. El silencio rompe el alma del granadino que atento escucha como anuncian a los cuatro vientos, que Cristo ha muerto en Granada.

¡Silencio!

De sus cinco heridas brota la sangre derramada de tantas víctimas de esta guerra diaria injusta y cruel, y de tantas otras guerras.

Santísima llaga del pie izquierdo de mi Santísimo Cristo de la Redención, os adoro. Me duele, buen Jesús de la Redención, veros sufrir aquella pena dolorosa.

Perdonas al que te hiere,
y redimes con tu herida a mi pobre corazón,
y la sangre que se muere llena el cáliz de la vida.
¡Señor de la Redención!

Santísima llaga del pie derecho de mi Santísimo Cristo de los Favores, os adoro. Me duele, buen Jesús de los Favores, veros sufrir tan dolorosa angustia.

Tu muerte se hace perdón y con desmedida entrega tus favores nos concedes en suprema donación.
Amor de Dios perdonando que hasta el hombre llega.

Santísima llaga de la mano izquierda de mi Santísimo Cristo de la Buena Muerte, os adoro. Me duele, buen Jesús de la Buena Muerte, veros sufrir tan dolorosa condena.

Tiene Dios crucificado los brazos de par en par,
como queriendo abrazar al hombre que lo ha clavado
después de haberlo matado ¡Eso sí qué es perdonar!

Santísima llaga de la mano derecha de mi Santísimo Cristo del Consuelo, os adoro. Me duele, buen Jesús del Consuelo, veros sufrir aquel trato doloroso.

Tu muerte es la primavera que acude fiel a su cita,
Valparaíso te espera,
y planta en esa frontera un jardín que resucita.

Santísima llaga del Sacratísimo costado de mi Santísimo Cristo de la Lanzada, os adoro. Me duele, Jesús de mi vida, ver como sufrísteis tan gran injuria.

Ya no hay espina en la rosa que desagua tu costado,
sólo un pájaro que posa su afán bienaventurado.
Son las aguas que ya brotan de tu costado y convierten
el signo de tu derrota en derrota de la muerte.

Se agotó el último susurro de la madrugada del Viernes Santo, y poco a poco, nos fuimos adentrando en las más frías y gélidas horas del día.

Cuando el silencio y el recogimiento se apoderen del tiempo y todo parezca apagado, en el alma de esta voz que hoy pregon a la grandeza de nuestra Semana de Amores comenzará a encenderse un quinario de luces, unos hachones al cielo abierto y unas ceras de faroles. Todo en honor del Cristo del Silencio.

Silencio, que se callen los naranjos, que se callen las golondrinas, que no griten los geranios en las negras barandillas.

Silencio, que no se oiga ni el viento, que no se muevan las ramas, que enmudezca el firmamento.

Silencio, que a Cristo muerto le traen por empinadas cuestas precedido por su negro y silente cortejo.

Silencio, que se refleja en las blancas fachadas de los callejones, la cruz de un Dios que da misericordia a borbotones.

Silencio, como una luz brillante, como un suave lamento, a la plaza de San Nicolás está llegando el Silencio.

Cristo de las Misericordias, Cristo de nuestros silencios. Que tu rostro no perciba ni el susurro de los vientos, que se quiebran en el campanario como golpes de tambor llamando a las puertas de los cielos.

Termina la madrugada. Cristo de las Misericordias llegas por fin a tu templo.

A Cristo, Jesús muerto, su Madre le sigue y le llora por todos los barrios de Granada.

Por el Zaidín, la Virgen de la Salud tras su Hijo va afligida meciéndose sus varaes y en esa dulce armonía recorres Señora mía, el barrio y sus arrabales.

La Virgen de la Caridad se siente contenta, aunque no mitigue su dolor, cuando ese ramillete de jóvenes costaleras, año tras año, abrazan las trabajaderas para procesionarla por las calles zaidineras hasta mil veces si hiciera falta. Cofrades y costaleros, infatigables marianos, el brillo de sus ojos, dice claramente, que lo hacen por penitencia y amor hacia Tí, Caridad de los Dolores.

Por el Albayzín y Granada, la Madre de Dios gitana y Madre del Sacromonte nuestra, nos socorre en los momentos más difíciles, aun con la pena de seguir a su Hijo muerto, pero con la alegría que irradian sus ojos luminosos y radiantes cuando nos guía y conduce por este valle de lágrimas.

Y del barrio ferroviario, Nuestra Señora del Amor y del Trabajo, se acerca hasta nosotros, bellísimamente engalanada en toda una increíble liturgia de encajes y blondas. De sus divinas manos, quizás las manos más perfectas de las

dolorosas granadinas, pende un pañuelo inmaculado de fina seda y rico encaje, para enjugar las lágrimas que corren por sus mejillas, por la buena muerte de su Hijo.

Y muere también, Cristo por Granada en la noche del Lunes Santo. Ha muerto por nosotros sobre una cruz de plata.

San Antón lo recibe en la más profunda de las oscuridades. El granadino acompaña a Jesús muerto desde las aceras hasta que ya le es imposible avanzar más. Lo ve alejarse y le reza una oración nacida en el corazón jerezano de una devota ocasional.

No hay en el mundo una cruz, que duela, como Tú dueles,
ni hay en la tierra una luz, que ilumine entre Tus sienes
lo que desprende Tu rostro por estos cielos celestes.
Santo Cristo de Granada de salvadora esperanza,
luz eterna en mi vida y socorro de mi alma.

No hay en el mundo un martirio, que duela,
como Tú dueles,
ni hay en la tierra un delirio que aguante lo que Tú puedes
soportar entre los clavos siendo Tú, el que Tú eres.
Santo Cristo de Granada de protectora esperanza,
luz eterna en mi vida y auxilio de mi alma.

No hay en el mundo un dolor, que duela, como Tú dueles,
ni hay en la tierra un sufrir que socorra como vele
tantas almas doloridas buscando quien te consuele.
Santo Cristo de Granada de consoladora esperanza,
luz eterna de mi vida y amparo de mi alma.

No hay en el mundo un poder, que pueda, lo que Tú puedes,
ni hay en la tierra una cruz con la Salvación prendida

desde el clavo de Tus pies hasta las espinas de Tus sienes.
Solemne, austero, silente, perpetuo dolor clavado,
lirio de amores doliente, nácar de ocaso callado.
Cristo de San Agustín, Sagrado Protector mío.
¡No hay en el mundo quien muera, viviendo como Tú mueres!

Nuestra Señora de la Consolación nos espera en el silencio de su recoleta capilla acompañada de Juan, el discípulo amado, en la mañana del Viernes Santo para recibir el sagrado pésame por la muerte de su Hijo.

Muchos son los granadinos que hasta la capilla del Santo Ángel se acercan para rezar ante el Monumento al Santísimo, encontrándose a la Santísima Virgen en sencillo y solemne besamano, donde nunca faltan sus hijos cofrades que permanecen con ella unos minutos en silencioso diálogo para decirle, un derroche de piropos para aliviarle su pena.

Reina y Madre de la Iglesia.
Caricia y sol en mis venas.
Aurora de los caminos.
Esperanza y vida nuestra.
Sonrisa del corazón.
Pastora igual que Reina.
Alegría en mis tristezas.
Consuelo de nuestras penas.
Rosa de mis espinas.
Luz de mis ojos ciegos.
Piropo que en mis labios tiembla.
Pura, hermosa e inmaculada
más brillante que una estrella.
Virgen de la fe perfecta.
Virgen del amor más grande.
Virgen de bondad inmensa.
Cielo de mi esperanza,
del convento gloria eterna.
Virgen y Madre de Dios.

SOLEDAD COMPARTIDA

Y María, que en su soledad llegó sola hasta el Campo del Príncipe, sola en su soledad se va para Santo Domingo.

Al filo de las dos de la tarde fue en su busca, donde le habían dicho que estaría su Hijo aún vivo. Lo vio morir un año más en la más triste soledad, y muerta fue su alegría. La Virgen, acompañada en su soledad por el ángel tenacero, nos muestra en su regazo vacío la corona de espina que Él tuvo en sus divinas sienes.

Soledad, blanca flor, rosa del cielo,
que marchas triste, sola y afligida
reflejando en tu cara dolorida
la tristeza de toda la vida en duelo.

Pero aún quedan dos Soledades por las calles de Granada acompañando al Hijo muerto.

La procesión oficial de la Semana Santa de Granada, traslada el cuerpo sin vida de un Dios que bajó hasta nosotros, haciéndose hombre para salvarnos. La urna funeraria dibuja destellos multicolores en las plateadas tallas de sus magníficas andas, que juegan a ser espejos para reproducir la dramática realidad.

Y así, tenemos en la atardecida del Viernes Santo, una procesión que encierra en sí misma todo el señorío y la grandeza, toda la humanidad y todo el dolor que ningún ser humano se atrevió a pensar: la Madre de Dios viendo muerto a su Divino Hijo.

¿Qué buscas bajo la luna, Tú
María, la de las tocas negras?
Voy tras de mi Hijo muerto,
voy a llorar mi pena
bajo la noche alta por plaza Nueva.
¡Qué no me siga nadie!

¡Sólo la noche quiero que me acompañe...!
¡Dejádme llorar a solas por estas calles...!

José de Arimatea pide a Pilato el cuerpo de Jesús que le es concedido
¡Qué privilegio! ¡Cuánto amor para llevarlo a la sepultura!

Tres hombres santos tiene el sagrado deber de llevarlo a las entrañas de la tierra por la calles de Granada.

Jesús, después de muerto, es ungido con perfume y vendado, según la costumbre judía. El cuerpo de Cristo yace sobre blancas sábanas, almidonadas y perfumadas con encajes de azahar de los naranjos que pueblan los patios de su majestuosa morada, el Monasterio de San Jerónimo.

Desde el Campo del Príncipe surgen los comentarios que llegan a San Jerónimo y al barrio del Gran Capitán, que a Cristo muerto lo trasladan al sepulcro. El sol se acostó en el ocaso lleno de pena, y la pena invadirá a las estrellas, que bajarán, de una en una, a consolar a la que es, la más hermosa de todas ellas. ¡Soledad, mi Virgen bella!

La Madre Jerónima sale a su encuentro y todo el barrio se abre a sus plantas, encontrándolo en una de las calles más emotivas y discretas para el discutir de la cofradía y de especial sentimiento, la calle Misericordia.

El luto viste de negro una dolorosa sencilla. Soledad misericordiosa en pos del Hijo muerto. Dulce azucena que sobre trono de plata va recogiendo nuestras condolencias más sentidas en forma de oraciones y piropos, pero eso sí, en silencio, que no queremos perturbar su dulce recogimiento.

Pero Granada no olvida, que tiene una Madre sola de Dolores, que en la noche del Lunes Santo, con tres clavos en sus benditas manos, busca por las calles de esta ciudad que la venera, el cuerpo sin vida de su Hijo que anda muerto y sin su divino consuelo.

Y en la carrera del Darro, cuando suenan los últimos sonos del himno nacional, y se cierran las puertas de San Pedro, los costaleros de rodillas, esperan la “llamá” que anuncie la última “levantá” del palio de la Señora de los Dolores. Un sobrecogedor silencio se hace en el interior del templo.

Ya sonó la voz metálica del “llamaor”, todos como pueden, aprietan el alma a la madera, porque cuerpo no les queda ya, por tan sufrido trabajo. Y desde el mismo suelo, con el paso a tierra, lo que queda de esos treinta y seis sentimientos, comienza el palio de los Dolores a levantar.

El silencio se transforma en jadear de costaleros, lágrimas desbordadas por la última “levantá”. Con un peculiar “racheo” llevan a la Virgen de los Dolores hasta su capilla, es la última “chicotá”, la que culmina veinticinco años al servicio de Ella, como hermanos costaleros.

Se escucha el martillo “*¡pararse ahí, ahí queó!*”.

Cuando los cuatro zancos tocan el suelo, un silencio sepulcral se hace en las zambañas. Y sin moverse aún ni una lágrima, asoma por los faldones el rostro del hermano mayor-capataz:

¡Hemos paseado a la Señora!
 ¡La hemos paseado por Granada!
 ¡y ahora, tenemos todo un año para soñar!

Se levantan los faldones, poco a poco empiezan los costaleros a bajar del cielo sublime al mundo terrenal. Aquí en la tierra, comienzan a abrazarse como si algo sobrenatural los hubiera unido por su alma, en el largo caminar.

Cuando todos, lentamente se iban marchando, aún sale entre los faldones el último costalero, vergonzoso por su llanto, y mirando a su Virgen de los

Dolores, le pide una flor para su madre, la de aquí, la que cada año le plancha la ropa para llevarla a Ella, la su Madre celestial!

Cierra el Viernes Santo de mi alma cofrade, una Madre Santísima que de Misericordia se viste.

Maria Santísima de la Misericordia, las palabras del pregonero en este instante serán la ofrenda más humilde que mi corazón y mi boca, te puedan ofrecer.

Caminando por tu Misericordia he llegado a darme cuenta de tantas y tantas cosas que jamás hubiera podido encontrar más que a tu lado.

Señora de la Misericordia, no sé si lloras o te sumerges en un valle de tristezas donde todo parece eterno, pero lo que sí es seguro que sé, es que tan solamente con el remanso de paz que desprenden tus lágrimas se abren las puertas del cielo.

Virgen de la Misericordia, llena eres de Viernes Santo, cuando los claveles derraman su fragancia cofrade esparciéndose por los alrededores de tu palio para quedar prendados de tu divino encanto.

Reina de la Misericordia, eres columna de amor donde se apoya tu Hijo después de tantos castigos sufridos, y eres bendita Madre que ruegas por tu barrio, en donde todo parece poco para ponerlo a tu disposición y a tus plantas.

Pausadamente la tarde se santigua y se viste de barrio para poner en tus encajes su antojo celestial y su suspiro perdido en la búsqueda de tu cobijo maternal misericordioso.

Y llegará el día señalado de tu coronación canónica.

Y como debe ser, irás a la catedral desprovista de tu rango de realeza, donde nuestro Pastor, colocará en tu divina cabeza la corona de humildad, de

amor, de esperanza y de fe, que todos los “greñuos” habrán puesto en ella y que con tanto anhelo han pedido para su Bendita Madre, “Misericordia Realejeña”.

Excelencia Reverendísima, no nos cierre la puerta. Cuando nosotros, los cofrades de Granada, pedimos una coronación canónica, pedimos coronar a Nuestra Madre María, trayendo hasta nuestras dolorosas, la corona que Dios en los cielos ya puso a la Santísima Virgen. Corona de amor, corona de perdón al prójimo, corona de esperanza, porque es Ella la mujer irrepetible, y fue Dios quien hace siglos la puso en la tierra para que fuera nuestra Madre y nuestra Corredentora perpetua.

Monseñor, no nos cierre la puerta. Tiene un pasillo largo donde ya esperan, hermandades que sueñan con poder coronar a su Reina.

A María Santísima de la Aurora, que representa toda la devoción añeja y exquisita de un Albayzín que hay que hacer cada vez más cristiano.

A Nuestra Señora de la Esperanza, que representa todo el marianismo cofrade, que hemos sido capaces de venerar desde que fuera Dolorosa de las Tres Necesidades.

A María Santísima de la Amargura, representando y reconociendo la labor de los conventos de clausura en apoyo de las hermandades de penitencia de Granada.

A Nuestra Señora de la Luz, expresión y devoción popular de todo un barrio que ya no puede vivir sin Ella.

Monseñor, el tiempo, nuevas peticiones y su sabiduría, irán incorporando nuevas coronaciones; pero por Ella, por la que vive en la Carrera, ino nos cierre la puerta!

LA NOCHE MÁS HERMOSA, LA DULCE ESPERA

En tus brazos la Vida se hizo muerte, en tu abrazo, la muerte se hace Vida.

Amanece el Sábado Santo. Silencio y meditación. Dulce espera. Nos preparamos para la Pascua.

Pero Granada, aún tiene aliento para llevar por sus calles, a la Madre de las Angustias coronada, con todo su amor depositado en el cadáver de su amado Hijo, rota por el dolor y la amargura.

Y entre la plata cincelada del monumento nazarita que es su paso procesional, con temblor de sangre, los claveles lloran al contemplar sin vida el cuerpo del Hijo en el regazo de la Virgen de las Angustias coronada. El dolor en su rostro dio la más fuerte y explosiva pincelada de amor. ¡Qué Tu dolor, Tu angustia, Tu tristeza, conmueva al mundo que su fe ha perdido, qué vuelvan a Tí sus ojos y mediten en la sublime inmolación de Cristo!

Y cuando llegue la noche, a la hora del regreso, la luna dibuja el perfil de un recuerdo, cuando las puertas de Santa María se cerraban tras de Tí.

La noche en la Alcazaba, con su embrujo nazarí, nos trae los sonidos lejanos de una saeta y una guitarra sonando por el Albayzín.

Las estrellas en los jardines saltan y juegan con el agua de las fuentes que canta para Tí.

La sierra en silencio, vestida de blanco, te espera radiante y vigila la noche a la luz de un candil.

Y la Vela repica con sonos de amores, sintiéndose sola, muy sola sin Tí.

Quiero cerrar los ojos y pido un deseo, que seguro, ya estará solicitando Antonio Olivares en los despachos del cielo ¡qué vuelvas por fin a tu casa, a tu templo de la Alhambra, Angustias coronada!

Al filo de la media noche, el pueblo de Dios se reunirá en sus templos para celebrar en comunidad la fiesta más grande del año litúrgico: La Pascua de Resurrección. *¡Cristo ha resucitado!* Campanas al vuelo.

EL CIELO EN LA TIERRA

En voltear jubiloso de campanas y un resonar de los primeros cohetes mañaneros, despiertan a una Granada dormida en el letargo divino de toda una semana de luto y recogimiento.

Todo pasa rápido y los momentos de tristeza quedan atrás, la alegría ondea en lo alto de nuestro cielo. *¡Jesús ha resucitado!*

La mañana del domingo tiene el sabor de su Sagrada Resurrección. Campanillas de barro suenan sin cesar en la alegre inocencia de los niños facundillos, que bajan desde el Realejo hasta la Catedral. La imagen del Dulce Nombre de Jesús es portada por toda la chiquillería que el domingo anterior recibía con ramas de oliva a Jesús cuando entró en Granada.

Ya no hay penitentes rojos, verdes, negros o morados. Toda la vestidura irradia luz y blancura.

La tarde del domingo permite ser festiva y alegre. Es como si nos liberáramos de un gran peso y en consecuencia, nos hiciera sentirnos más ligeros, y a la vez, más alegres porque Jesús Resucitado, y Glorioso, junto al Triunfo de su Madre, que ahora es de la Alegría, va a recorrer nuestras calles.

Alegría de la Madre que camina presurosa al encuentro de su Hijo, porque las santas mujeres, le han dicho que por la vega de Granada le han visto resucitado.

Alegría es el sentimiento que nos embarga en este día. Y Triunfo, el de la vida sobre la muerte. Se palpa en el ambiente.

Santa María del Triunfo en su virginal y purísimo paso, cierra en nuestra ciudad la presencia de la Virgen María bajo palio. Todo en su paso de palio irradia belleza sin hacerle sombra alguna a Ella, Madre de la Vida Eterna. Un capricho y un lujo cofrade.

Y en la madrugada por Arabial y Vergeles, mientras en un estruendo de cohetes los vemos de “recogía” en magníficos cortejos, recordaremos los momentos vividos, las inquietudes contempladas, las oraciones sentidas, las saetas oídas, las salves rezadas, las marchas escuchadas, que no han pasado sin dejarnos huella, porque quedarán retenidas en la memoria de los cofrades y en la historia viva y renovada de nuestra Semana Mayor.

PRELUDIO

 e acaba el pregón oficial de nuestra Semana Santa. Dejemos que continúe el importante, el verdadero, el pregón de la calle, el pregón que da el pueblo de Granada con su asistencia a los cultos, con su presencia en las estaciones de penitencia, con su trabajo en las hermandades y cofradías, el pregón que da el pueblo transformando su forma de ser, acercándose a Jesús. Ése es el verdadero pregón.

Y ahora... mis hermanos... sólo nos queda la espera.

Un latido inasequible es la señal. Una punzada honda nos atraviesa en los albores de la noche de un Lunes Santo cualquiera, cuando las cinco cruces de Jerusalén, rojas de pasión y muerte, de muerte y vida, quedan grabadas a fuego en nuestro pecho.

La oración se derrama lentamente de mis secos labios al recoger discreta y anónimamente, la cruz que caminará conmigo sobre mi hombro izquierdo.

Mis dedos deslizan silenciosa y suavemente las negras cuentas de un rosario azabache de recuerdos.

Cruzamos el umbral del zaguán y el de una nueva noche de Lunes Santo. Una noche de Lunes Santo menos, pero en el alma un momento único más.

El ancho esparto endurece nuestra fe por San Antón, y el espíritu se enardece cuando caminamos junto a la muchedumbre de toda una ciudad que lo espera.

Un Hermano precede nuestro caminar.

El que dio la vida por nosotros.

El que pende de esa cruz de plata que protege a Granada.

El que es nuestra esperanza en la vida eterna.

Le sigues. Le sigo.

Ya no hay pregonero. Solo penitente de Cristo muerto.

¡Qué Dios nos bendiga!

He dicho



José Luis Clemente Sánchez
Pregonero Oficial de la
Semana Santa 2006



*José Luis Clements Sánchez
(Granada 1949)*

Cofrade de la Aurora, Rescate, San Agustín,
Silencio y Via-Crucis

Hermano de la Esperanza Macarena y
Servitas de Sevilla.

Cofrade fundador de la Cofradía de Jesús
Cautivo y María Stma. de la Encarnación.

Fundador de la Tertulia Cofrade El Prioste.

Director y presentador del programa cofrade
de Radio Municipal de Granada
"Incienso, Cera y flor".

Vocal de Protocolo y Relaciones Externas de
la Real Federación de HH y CC de Semana
Santa durante el periodo 1998/2002.
Miembro de la redacción de la Revista Oficial
Gólgota y del Boletín Consolación.

Contertulio y moderador de numerosas
tertulias organizadas por Hermandades,
Tertulias y Real Federación.

Presentador de carteles de las Hermandades
de los Dolores, Aurora, Rescate, Tertulia El
Prioste, CL dogma de la Inmaculada y
Via-Crucis de las hermandades de Granada.

Pregonero de las Hermandades de la Aurora,
Paciencia y Penas, Barrio del Zaidin, María
Auxiliadora y Glorias de María.

Pregonero oficial de la Semana Santa de
Granada de 2006.



REAL FEDERACIÓN DE
HERMANDADES Y COFRADÍAS DE LA
CIUDAD DE GRANADA

Plaza de los Lobos Nº 12
(Centro Ágora Antiguo Hospital de la Misericordia)
18002 - Granada
Telefono/ Fax: 958 80 49 97